

JEREMY RIFKIN: *El sueño europeo. Cómo la visión europea del futuro está eclipsando el sueño americano*, Paidós, Barcelona, 2004. 523 páginas.

Confusión, incertidumbre e ilusión son sólo tres de las sensaciones con las que observamos la balanza en que se dirime la preponderancia geopolítica y económica entre Europa Occidental y Estados Unidos sobre el mundo. Y es que signos del progresivo aumento de la importancia de Europa como la solidez de su divisa, el creciente peso de sus empresas en el panorama económico mundial o la mejora de los indicadores socioeconómicos son sólo ejemplos que nos obligan a poner en tela de juicio la supremacía estadounidense que ha permanecido incontestada desde la caída del bloque soviético. Pero una transformación de tal magnitud no queda circunscrita sólo a variables económicas y sociales susceptibles de cuantificación, sino que tiene su correlato en otras dimensiones, y de forma especial en la cultura.

Jeremy Rifkin es uno de esos autores en cuyos escritos son comunes dos señas de identidad: la trascendencia del tema elegido y el sentido de oportunidad al tratarlo. Al enfrentarse ahora a la crisis de los valores norteamericanos frente al afianzamiento de un pretendido ideario europeo desde un

enfoque amplio y documentado, podemos afirmar de partida que acude puntual a su cita con la relevancia. Estamos ante un estudioso que asciende a su torre de marfil sólo de visita, con el fin de aportar solidez teórica a sus afirmaciones, pero que prefiere lidiar cara a cara con las miserias e incertidumbres de la realidad. Y rara vez sus esfuerzos son en vano. De sus escarceos en la arena de mandatarios políticos y cúpulas directivas de las más importantes corporaciones económicas a los que asesora en calidad de gurú suele obtener el fruto de la aplicación de sus consejos, o al menos el sordo temblor que provoca en los cimientos del sistema establecido (baste señalar como ejemplo que ha sentado a Monsanto, gigante que controla la producción agrícola en el mundo, en el banquillo de los acusados por los problemas que provocan los alimentos transgénicos a la salud humana). Ocurre así con el debate sobre la reducción de la jornada laboral<sup>1</sup>, la búsqueda de energías alternativas<sup>2</sup> o el estudio de las implicaciones de Internet para el funcionamiento de las empresas y para la cultura<sup>3</sup>, campo en el cual tiene bien ganado el título de *profeta de cambios irreversibles*.

<sup>1</sup> Vital fue su asesoramiento en la introducción de la jornada laboral de 35 horas por parte del gobierno socialista francés en 1999, inspirada en su primer gran *best-seller*: *El fin del trabajo: nuevas tecnologías contra puestos de trabajo*, Paidós, Barcelona, 1996.

<sup>2</sup> En calidad de consejero personal de Romano Prodi impulsó desde la Presidencia de la Comisión Europea la elaboración del primer plan de acción para promover la transición del modelo energético basado en el petróleo a otro basado en el hidrógeno. Los principios inspiradores de este plan se encuentran en *La economía del hidrógeno*, Paidós, Barcelona, 2002.

<sup>3</sup> *La era del acceso*, Paidós, Barcelona, 2000, es el referente para entender la cuestión fundamental de la desmaterialización de la economía, que se pone de manifiesto en el progresivo desmantelamiento de los activos de las empresas, el paso del comercio de bienes al comercio de experiencias y en cómo la cultura queda subsumida en el nuevo mercado resultante de la revolución tecnológica de la comunicación.

Con *El sueño europeo* Rifkin mantiene el tono y trascendencia de sus anteriores trabajos. Aunque si bien el título nos hace pensar en la visión europea del futuro, el énfasis de la obra está en revisar los factores configuradores del llamado *sueño americano* en su origen, así como su crisis actual. La cultura norteamericana se sustenta sobre la trinidad formada por el fervor religioso, el intenso patriotismo y la ética calvinista del trabajo. De entre ellos, es el primero el que ostenta el papel de deidad suprema, dando sentido a los otros dos. Por un lado, el patriotismo se construye en clave religiosa, y es que “muchos estadounidenses siguen viéndose a sí mismos como un pueblo escogido, y a Estados Unidos como la tierra prometida” (p. 31). Por otro, la ética calvinista del trabajo se nutre de una concepción de la salvación que se alcanza por medio del esfuerzo y la persecución constante de la eficiencia en el trabajo, puesto que Dios es concebido como el *summum* de eficiencia, y sólo imitándole en ese aspecto se puede ganar el visado para el reino de los cielos. Estos tres elementos descienden por las distintas dimensiones de la existencia y otorgan sentido a conceptos que a veces aceptamos como unívocos y comunes al mundo occidental, pero que varían en cada ámbito cultural, y en este caso entre Europa y Estados Unidos. Ocurre así con el concepto de *libertad*, que en su vertiente norteamericana se asocia a ideas de aislamiento, autonomía o exclusividad. Hilvanado con lo anterior, el concepto de *propiedad* se erige en principio organizador de la sociedad, y la idea de felicidad se asocia a dos posibles fuentes de satisfacción complementarias, como son la creencia en la salvación dada como recompensa al trabajo

duro y la progresiva acumulación de bienes materiales resultado del mismo.

Adam Smith o John Locke, por citar sólo dos ejemplos, están detrás de este *autoritarismo del individuo*, según el cual la lucha por el bien individual devendrá en la armonía social, lo que indica una vez más la fabricación europea de las semillas de la cultura norteamericana. Pero es interesante recordar también que los abonos que hicieron germinar esas semillas en el suelo del nuevo mundo les dieron un vigor especial que mantiene hoy sus raíces más hondas que en Europa. Y Rifkin sitúa ahí el origen de los problemas de la cultura norteamericana, porque la crisis del armazón de la Modernidad hace necesaria la poda de esos árboles plantados al calor de la Ilustración y el Racionalismo, cuando no su sustitución por otros mejor adaptados a los nuevos tiempos.

En Europa, sin embargo, calan con más fuerza nuevos referentes inspiradores como el desarrollo sostenible, la extensión de los derechos sociales y económicos de los ciudadanos o el multiculturalismo, una vez sufridas las más terribles perversidades de la Modernidad durante el siglo XX. Motivaciones que desde Estados Unidos se ven a menudo como románticas excéntricas típicas del Viejo Continente.

Sea como fuere, las ya viejas grietas de los pilares de la trinidad cultural norteamericana se hacen cada vez más grandes. Por un lado, el fervor religioso se mantiene, aunque cada vez más implícito. Por otro, el patriotismo tiene que hacer frente a un nuevo mundo globalizado en el que es cada vez más difícil dar sentido al enfoque particularista de la política exterior estadounidense, de la misma forma que la visión maniquea de la realidad lo tiene

peor a la hora de buscar un oponente cuya destrucción justifique el progresivo aumento del gasto militar. Y en último término, es la ética protestante del trabajo la que precisa los más urgentes trabajos de restauración, ya que sus postulados en nada se ven respaldados por los números. Realidades como la creciente desigualdad en la distribución de la riqueza, la concepción extensiva del trabajo que condena al individuo a una vida unidimensional o una movilidad social ascendente que queda relegada a quimera por su contraria, hacen de América “una tierra de *igualdad de oportunidades*, pero no de *igualdad de resultados*” (p. 59). Como consecuencia, el ciudadano sustituye desencantado su creencia primigenia en el *derecho a perseguir la felicidad* por el narcisista *derecho a la felicidad* sin más. Y es que la formulación del sueño americano sigue presente, pero su realización se hace cada vez más elusiva.

Es relevante en este punto introducir el vector medioambiental. Tanto los norteamericanos como los europeos conocen la solidez de las previsiones que establecen el final del planeta Tierra como hábitat viable para el ser humano en unos cincuenta años, en caso de mantenerse las actuales dinámicas energéticas, demográficas y económicas. Frente a la pasividad de Estados Unidos, basada en una concepción instrumental baconiana de la Naturaleza, las instituciones políticas de la Unión Europea le dan un tratamiento profundo a asuntos como la futura adopción del hidrógeno como fuente de energía alternativa al petróleo, la supervisión de la investigación científica o la reunificación de los espacios verdes por medio de parques naturales transfronterizos.

También es reseñable el enfoque evolucionista que Rifkin tiene de la historia, en cuanto que sirve de coro para su tesis sobre la mejor adaptación del ideario europeo al mundo actual. “Las grandes encrucijadas de la historia de la humanidad tienen su origen a menudo en un cambio en la concepción del espacio y el tiempo” (p. 123), fruto de la innovación tecnológica, y que a su vez alteran el resto de las dimensiones de la existencia. Cuando la orden benedictina inventó, por ejemplo, el reloj mecánico en el siglo XV, no sólo estaba aportando puntualidad a sus deberes de oración con Dios, sino que estaba revolucionando el concepto del tiempo, ya que la medición de la duración de una tarea daba carta de naturaleza a la idea de *eficiencia*, posteriormente erigida en piedra angular del calvinismo. La última revolución tecnológica nos ha traído Internet y sus innumerables implicaciones, como la nueva idea del *tiempo continuo* o *24x7* frente al tiempo parcelable y discontinuo de la Modernidad. El espacio, por su parte, va perdiendo su naturaleza tangible, del mismo modo que los bienes materiales son sustituidos por experiencias que se intercambian en mercados de nueva creación (compramos menos discos compactos y más suscripciones para descargar música, por ejemplo).

El *sueño europeo* surge como superación, cuando no como construcción en contrario del americano, como respuesta cultural a esta última revolución tecnológica que permita extraer de ella las mejores potencialidades para el ser humano. Y este sueño en creación se sustenta sobre valores como el respeto a la diferencia, el cosmopolitismo, el desarrollo sostenible, la inclusividad o la equidad social, que inspiran la creación de un sistema político supranacional que

salvaguarda las identidades culturales minoritarias y goza de poder suficiente para regular la actividad de las grandes corporaciones internacionales, defender los derechos humanos del individuo, intervenir en la economía para atenuar las desigualdades sociales, garantizar vías institucionales para la participación de las organizaciones de la sociedad civil en el proceso de toma de decisiones, etc... En definitiva, Rifkin ve a Europa en mejor situación que a Estados Unidos para repensar el contrato social con el fin de que las nuevas tecnologías sirvan para un nuevo Renacimiento. En esta línea, “Europa se ha convertido en un gigantesco laboratorio experimental para repensar la condición humana” (p. 116).

Hasta aquí, el idílico *sueño europeo* presenta sólo dos puntos débiles. Por un lado la dependencia militar respecto de los Estados, y por otro la anunciada inviabilidad del sistema asistencial europeo si se mantienen las actuales tendencias demográficas y migratorias. Muestra así el autor una sutil manifestación del síndrome de Estocolmo para con sus amigos europeos al acallar su mordaz voz crítica, y nos deja sobre la mesa el reto de preguntar a Europa por las virtudes y carencias del proceso constituyente europeo<sup>4</sup>, las condiciones en que los nuevos Estados miembros disfrutarán o no de las bondades de la Unión Europea, el papel real de los actores no estatales en las instituciones europeas, el grado de conciencia y compromiso que los propios europeos tienen con respecto a

su supuesto sueño, el auténtico espíritu cosmopolita en la aceptación de los inmigrantes, la capacidad de estos nuevos valores para afrontar un ciclo macroeconómico recesivo, y así un largo etcétera.

Nos encontramos ante una obra inspiradora, tanto por la multitud de asuntos sobre los que nos incita a reflexionar como por la libertad con que aborda cada capítulo. Esta libertad de pensar lleva a la multidisciplinariedad por definición. Si buscamos los cinco libros más exitosos de Rifkin en una librería de tres plantas, probablemente tengamos que subir y bajar muchas escaleras. Y lo mismo ocurre con esta obra, en la que encontramos sugerentes referencias bibliográficas provenientes del mundo de la biología, la investigación tecnológica, la sociología de la vida cotidiana, la antropología, la economía y la historia. Son muchas las ocasiones en las que lo mejor está destilado a pie de página. Estamos ante una “*meta-lectura*”, una lectura que nos abre muchas otras y nos da libertad para elegir el camino y tejer nuestra propia red. Todo un alarde de coherencia académica en el que se asume la creciente complejidad de las realidades a los que nos enfrentamos con un enfoque a su vez complejo y variado, superando las divisiones burocráticas que reducen el saber a parcelas aisladas. Más allá del acierto o no de los contenidos, sin duda Rifkin nos da una pauta válida sobre la forma de proceder en el camino del conocimiento.

ÓSCAR CALERO

<sup>4</sup> Extensa es la bibliografía crítica que surge cada día en torno al desinterés de los europeos por los asuntos de Bruselas, la alta abstención en las convocatorias electorales para refrendar la Constitución Europea, el sesgo neoliberal de las políticas comunitarias, etc... Como ejemplo citaremos la obra de ELOÍSA DÍAZ, *El fraude de Europa. Una Constitución sin ciudadanos*, Ediciones Almuzara, 2005.